

LA IDEA DEL MAESTRO EN SAN JOSE DE CALASANZ

El concepto que San José de Calasanz tiene del maestro se halla tan lleno de contenido que se pudiera decir empapa toda su doctrina pedagógica y hace posible que le consideremos como un precursor de la idea genialmente expresada unos siglos más tarde por Pío XI en su Encíclica sobre la educación cristiana de la juventud: «Las buenas escuelas son fruto no tanto de las buenas legislaciones cuanto de los buenos maestros» (1).

Buena prueba del relieve que la idea del maestro tiene en la doctrina calasancia se halla en el hecho de que en obras fundamentales acerca de la pedagogía del Santo, como la del P. Valentín Caballero (2), se coloca en primer término la idea acerca del maestro, y en otras que abarcan todos los aspectos de la vida del Santo, como la que acaba de publicar la B. A. C. del Padre György Santha (3), al hablar de la obra pedagógica de Calasanz se coloca también en primer término la idea del educador calasancio.

Los autores mencionados no hacen más que ser fieles intérpretes del Fundador de su Orden quien no quiso pasar del proemio de sus Constituciones sin definir lo que el maestro es: «Cooperator veritatis» (4).

En estas dos palabras se pone de relieve y de una manera explícita lo que es la esencia de la función magistral. Implícitamente

(1) Pío XI, Encíclica *Divini illius Magistri* (31 diciembre 1929) sobre la Educación Cristiana de la Juventud. Vid. Acción Católica Española. *Colección de Encíclicas y documentos pontificios*. Madrid, 1955

(2) VALENTÍN CABALLERO, SCH. P.: *Orientaciones pedagógicas de San José de Calasanz*, 2.^a ed. Madrid, 1945. Introducción.

(3) GYÖRGY SANTHA, SCH. P.: *San José de Calasanz. Su obra. Escritos*. Trad. Esp. Madrid, B. A. C. 1956, II, I, Pp. 77 ss.

(4) *Constitutiones Scholarum Piarum, Proemium*, III.

se dice también cuál es la situación del maestro en el proceso de la vida humana en la que pretende intervenir.

* * *

Basta con que nos fijemos en la primera de las palabras que Calasanz utiliza en la definición del maestro para que nos demos cuenta de que la función magistral es predominantemente una función práctica. El maestro es un hombre que no puede recluirse en el ámbito de su intimidad, de sus gustos o de sus aspiraciones, sino que ha de saltar las barreras de su propia persona para ir en ayuda de los demás.

Claro está que la dedicación del maestro arguye una peculiar practicidad. De siempre al hablar de la práctica o de los hombres prácticos, nuestro pensamiento se va de un modo espontáneo hacia las cosas y los bienes materiales. El hombre práctico suele concebirse fundamentalmente como un manipulador. Sale hacia al mundo de las realidades materiales y lo transforma o intenta modificarlo.

Mas en el maestro se da una peculiar vida práctica. No manipula, no opera con cosas, con realidades materiales, sino que se entretiene y trabaja con ideas, con conocimientos, con hábitos humanos, en suma, con realidades espirituales. Es un operador, pero un operador de la verdad.

Con esta idea San José de Calasanz de una parte se sitúa en la mejor línea del pensamiento filosófico y de otra pervive en los resultados de la actual investigación.

La vinculación del Santo al pensamiento de Santo Tomás, a la que ya en alguna otra ocasión he aludido (5), resulta muy significativa para explicar su devoción por la verdad y la inserción de la función magistral en la vida práctica.

Cuando Santo Tomás de Aquino en la *Suma Teológica* y en el «De Veritate de las cuestiones disputadas» se plantea el problema de si el acto de enseñar pertenece a la vida contemplativa

(5) Vid. V. GARCÍA HOZ: *El sentido actual de la empresa calasanziana*, en «Revista Española de Pedagogía», núm. 26, abril-junio 1949, pág. 223-246.

o a la vida activa, responde incluyéndola en la vida activa de un modo predominante, aun cuando participa de la contemplativa.

En el pensamiento de Santo Tomás, la educación, que se realiza a través de la enseñanza, tiene dos objetos: la verdad conocida por el maestro y la palabra que éste utiliza para despertar o iluminar el conocimiento del discípulo. La esencia de la actividad magistral carga su acento precisamente en la palabra como signo que expresa el concepto interior. Mas la palabra se pronuncia para ser oída y en este sentido se convierte en una acción exterior, por lo cual el objeto de toda enseñanza pertenece a la vida activa.

Es verdad que no puede pronunciarse una palabra verdadera si no existe un concepto interior y el tener conocimiento interno de alguna verdad es propio de la vida contemplativa, pero en el maestro esta verdad no existe para su propia consideración o deleite, sino que se halla, por así decirlo, abocada a la relación con el alumno. De aquí el incardinar en la vida activa a la acción magistral aunque se recuerde que en cierto modo ha de participar también de la contemplativa (6).

En cuanto cooperador, ayudador, auxiliador, es hombre de vida activa: en cuanto a la verdad con la que coopera, mira a la vida contemplativa.

En el mundo intelectual moderno, tanto en el plano especulativo cuanto en el experimental, el pensamiento calasancio tiene plena vigencia. Kerschesteiner en su conocida obra sobre el alma del educador, sitúa al maestro dentro del tipo social (7), aunque haciéndole participar, en la terminología sprangeriana, del tipo estético, es decir, de aquel que realiza valores dentro de sí mismo, expresión que con diferentes palabras viene a manifestar los mismos conceptos tomistas.

En el orden experimental, por lo que a mí se me alcanza, tiene razón Vernón (8) al decir que es prematuro hablar de un tipo de

(6) Cfr. D. THOMAS, S. Th., I q. 117, a. I y II y II ae q. 181 a. 1. También *Quaestiones Disputatae*, XI. *De veritate*, q. 11, a. 4.

(7) G. KERSCHENSTEINER: *El alma del educador*. Trad. Esp. Barcelona, 1928, páginas 18, 25, 50.

(8) P^{ra}. E. VERNON: *The psychological traits of teachers*, en «The Yearbook of Education», 1953, London pág. 74.

personalidad específica del Maestro, pero podemos afirmar con seguridad cuál es la orientación de la personalidad propia de quien se ha entregado al ejercicio de la docencia.

Para no referirme a sujetos y ambientes extraños a nosotros, voy a mencionar únicamente los resultados obtenidos en el ambiente universitario español, según los cuales la orientación altruista (religiosa y social) (9), apareció con una frecuencia significativamente superior a las orientaciones objetivas y egoístas en quienes cultivan una vocación pedagógica. Dentro de la orientación objetiva resaltó con un relativo relieve la orientación teórica y práctico-artística, quedando en último lugar la orientación económica. Y dentro de la orientación que resultó en lugar más bajo, la egoísta (hedonista, política y epifántica), quedó a una relativa mayor altura la orientación política, sin duda alguna por las evidentes relaciones que tiene con la orientación social.

Estos datos vienen a confirmar desde el plano empírico lo que ya se afirmó desde el plano filosófico. Al maestro corresponde una orientación altruista en la que, vuelto de espaldas a su propio yo, se entregue al perfeccionamiento de los demás.

* * *

También en el concepto que San José de Calasanz tiene del maestro se halla, implícita, la idea de su puesto en la constelación de personas que integran el proceso educativo.

Para situarnos nosotros mismos nos resultará muy significativa la palabra primera: «cooperador». Pero así como antes nos hemos fijado especialmente en el sustantivo «operador», vamos a fijarnos ahora en la partícula que le antecede «co». Cooperador, es decir, operador participante de la operación que a título principal otra persona o entidad realiza. Hagamos, en primer término, esta confesión de humildad. La situación del maestro no es una situación principal, sino una situación subordinada a la participación en algo que otro realiza de modo anterior y eminente.

(9) Cfr. V. GARCÍA HOZ: *Dinámica de la personalidad y tipología humana*, en «Actes du XI ème Congrès International de Philosophie. Bruxelles, 20-26 août 1953, vol. VII, pág. 251-257.

¿Y quién es ese otro operador de tan singular eminencia que tiene al maestro como un subordinado? San José de Calasanz nos lo dice: la verdad. El maestro es cooperador de la verdad.

De nuevo podemos hacernos una pregunta. ¿Pero la verdad es otra cosa que algo existente en la realidad a la espera de ser alcanzado o captado por el hombre? Hablar de operación de la verdad ¿no será una trasposición de conceptos ya que el verdaderamente activo es el hombre, mientras que la verdad se limita a ser algo puramente pasivo que se tiene o no se tiene? Difícilmente podríamos decir que nuestro concepto de la verdad es adecuado si nos limitamos a pensarla como algo estático sin capacidad para reobrar en el hombre que le da alcance.

Hay un intrínseco dinamismo en la verdad que la lleva a perfeccionar al hombre; en su potencia cognoscitiva primero y en la persona total después. Porque dos son las acciones de la verdad en la vida humana: una acción directa de iluminación sobre el entendimiento y una acción indirecta de orientación en la voluntad; el ensamblaje de una y otra en la actividad de la vida da por resultado la libertad del hombre.

Porque la esencia de la libertad no se funda en que se pueda abusar de ella e incurrir en torpezas, faltas o hechos contrarios a las verdaderas exigencias del ser humano.

El hombre es libre, en tanto que, conociendo su camino, puede vencer las incitaciones que de su fuero interno o de sus circunstancias exteriores le vengan y puede, por tanto, eficazmente, dar un sí rotundo a su verdadero y real ser. No es ni la violencia del impulso ni siquiera la fuerza de la voluntad la que hace verdaderamente libre al hombre, sino esa energía voluntaria en cuanto iluminada y dirigida por la verdad. Se cree a menudo que una educación de la voluntad que nos pusiese en situación de superar todos los obstáculos que pudiesen interponerse entre una resolución y el acto, que nos convirtiese en un hombre disciplinado, constituiría un fundamento suficiente para nuestra vida moral. Pero no deja de ser un error. «Encontramos hombres que poseen una voluntad de hierro—dice Dietrich von Hildebrand—(10) que

(10) DIETRICH VON HILDEBRAND: *Nuestra transformación en Cristo*. Traducción española. Madrid, 1956, pág. 313.

con su gran ímpetu consiguen los fines que se proponen, que podríamos decir tienen a mano con su gran voluntad tornar obedientes todas las exteriorizaciones vitales susceptibles de ser mandadas, y que no obstante, no hacen uso alguno de su profunda libertad y niegan una respuesta adecuada a los valores, simplemente porque no son más que esclavos de su soberbia y de su codicia.» Algunos hombres perversos, fueron, ciertamente, hombres disciplinados y de gran voluntad, pero no son libres porque un radical error en su vida les hizo esclavos del mal. De otra parte, existen también hombres que, ciertamente saben usar de su libertad más profunda, que dan a los valores una respuesta adecuada y que en sus decisiones internas no se dejan imponer por la soberbia o la codicia, pero que al mismo tiempo tienen que enfrentarse con numerosos obstáculos, y que por debilidad, en muchos casos nunca llegan a trasmutar sus buenas intenciones en hechos: La energía de la voluntad es necesaria para que el hombre sea libre, pero ella sola no constituye la libertad. La perfecta libertad se realiza sólo si se está en la verdad.

Cuando se habla del maestro como cooperador de la verdad, se atribuye a ésta un dinamismo que produce pasmo porque no es la dinamicidad del pragmatismo, en la cual la verdad se nos da como un apéndice de la acción, sino ese otro profundo dinamismo que tiene como efecto la libertad del hombre: *Veritas liberabit nos*. En la acción del que va tras un resultado material, el hombre se encadena a la cosa; y la verdad, en el caso de que se la tenga en cuenta, desempeña el triste oficio del criado que se toma o se deja según la utilidad que puede reportar. En el concepto calasancio, la verdad es algo sustativo, dispuesto a configurar en el hombre la imagen de la realidad absoluta. Cooperar con la verdad es empeñarse personalmente en la empresa de liberar y hacer felices a los hombres; y este es el fin de las Escuelas Pías señalado en la segunda parte de las Constituciones: *La enseñanza de la piedad cristiana y de las letras humanas a los niños, para que, así adocctrinados, puedan conseguir la vida eterna*.

Ocioso es decir que en San José de Calasanz la verdad es la verdad cristiana que objetivamente se halla realizada en el Verbo y a la que subjetivamente están llamados a incorporarse todos los

hombres y aún todas las cosas. No será ocioso llamar la atención hacia la preocupación que el Santo tiene por lo que pudiera llamarse verdad profana; junto a la piedad las letras, porque la educación cristiana cruza y empapa la vida entera del hombre.

Mas en el concepto cristiano del maestro no se puede olvidar el grave problema que plantean las tajantes afirmaciones evangélicas sobre la atribución exclusiva del Magisterio a Cristo: «Uno sólo es vuestro Maestro: Cristo» (11).

¿Qué sentido tiene llamar maestro a quien no sea Cristo? Contestemos de una vez: en sentido absoluto nadie puede ser llamado maestro; con sentido analógico en el orden de las ideas y ocupando una situación subordinada en el orden real, puede ser llamado maestro únicamente aquel que participe del Magisterio de Cristo. Si tenemos en cuenta que Cristo es la Verdad, nos damos de cara con la idea de San José de Calasanz: El maestro es «Cooperador de la verdad».

* * *

Consecuencia lógica de considerar al maestro como un cooperador es su radical actitud de humildad.

Cuando tal concepto se tiene del maestro ¿qué de particular hay en considerar la humildad como la virtud pedagógica por excelencia?

San José de Calasanz era consecuente con su idea al exigir la humildad como base de la entrega a Dios en la Escuela Pía (12). En el sentirse cooperador hay de primera intención una actitud radicalmente humilde porque quien coadyuda excluye de su mundo no sólo el orgulloso gloriarse y el vanidoso gozarse en sí mismo, sino incluso el ocuparse en los propios bienes porque ha de seguir al operador principal y mirar a la obra que ha de realizar. «El educador humilde no buscará nunca el hacer prevalecer su propia opinión porque es la suya», lo cual «presupone una grandísima humildad». Son palabras de San José de Calasanz en una de sus cartas (13), y al mismo tiempo significan, con el perecer

(11) Cfr. Mateo XXIII, 8-10, XXVIII, 19-20, y Lucas X, 16.

(12) Vid. GYÖRGY SANTHA, Op. cit., págs. 92-96.

(13) Op. cit., pág. 95.

del propio yo, una última libertad victoriosa y la posibilidad de establecerse sin obstáculos en la verdad.

La postura humilde del que se siente cooperador y no creador de obra propia, le libra de caer en el orgulloso fariseísmo de la *propia* verdad, la *propia* fe, la certeza del *propio* camino.

Si un maestro se siente, como San José de Calasanz quiere, cooperador de la verdad, no podrá considerar a ésta como una posesión, sino como una realidad en la cual participa. El maestro calasancio, más que tener la verdad, está en la verdad, más que sentirse en posesión de la verdad se ha de sentir en comunión con ella, es decir, participando de algo que viene de más arriba.

Pero no vayamos a desangelar la humildad haciendo de ella una mentida virtud que nos encierre en nuestros estrechos límites a modo de humana modestia reposada que nos llevaría a la cómoda vida burguesa de quien no quiere hacer nada porque no vale para nada. La verdadera humildad aparece como agitada por un aliento de sagrada audacia y de grandeza: no sólo no impide, sino que exige una cierta conciencia de los talentos que Dios nos ha dado; pero los talentos no son en el humilde *bienes* que puede gozar, sino *deberes* que ha de realizar, responsabilidades con las que se ha de enfrentar.

Cuando el pensamiento de estar en la verdad y cooperar con ella empapa la vida de un maestro, la consecuencia es que ni puede negarla a nadie porque todos están llamados a participar en ella, ni puede negarla a ella misma aceptando doctrinas o adoptando actitudes incompatibles con la verdad. No otra es, a mi modo de ver, la raíz de ese aliento de grandeza histórica que traspasó la vida de San José de Calasanz haciéndole capaz de soportar contradicciones que a cualquier otro hubieran abatido. Pero sentía como nadie la universalidad del llamamiento de Dios a la verdad y no podía resignarse a que los pobres quedaran alejados de ella; sentía también la universalidad de la verdad misma y no podía consentir en ver fragmentada en verdad religiosa por un lado (piedad) y verdad profana por otro (letras). Una y otra se complementan en nuestro limitado entendimiento, que sólo comprende dividiendo y componiendo; pero el mensaje de Cristo no vino a restaurar cosas aisladas, sino a hacer comprender al hombre el

sentido único de su existencia y del mundo. Al cooperar con la verdad el maestro reduce a unidad—en la mente de Calasanz—las cosas todas (14) y los acontecimientos, refiriéndolos a Dios, principio de todo ser y de toda verdad; recapitulándolo todo en Cristo.

Empero, en esta grandiosa recapitulación el maestro es sólo un heraldo, como un instrumento de la verdad. Al exigir la humildad en el maestro no se halla Calasanz lejos del pensamiento agustiniano, según el cual es la Verdad increada la que «por medio de los hombres y de sus signos nos advierte exteriormente, a fin de que, vueltos a El interiormente, seamos instruidos» (15). «Comprendemos la multitud de cosas que penetran en nuestra inteligencia, no consultando la voz exterior que nos habla, sino consultando interiormente la verdad que reina en el espíritu» (16).

Una última consecuencia de la humildad radical del maestro es la de comprender claramente la insuficiencia de cualquier Pedagogía humana y al mismo tiempo su necesidad. Si instrumento, ha de hacerse instrumento adecuado (un cincel no sirve para pintar y una brocha no sirve para esculpir); por ello, en el proemio de las Constituciones y en la parte segunda pide San José de Calasanz una *cuidadosa selección* de los maestros y una *solicita formación*. Mas si es colaborador, la eficacia decisiva no está en su actividad, sino en la acción de Aquél, que obra interiormente. A El hay que volverse de continuo.

VÍCTOR GARCÍA HOZ

Catedrático de Pedagogía en la
Universidad de Madrid
Director del Instituto San José
de Calasanz del C. S. I. C.

(14) *Constitutiones*, pág. 2.^a, núm. 1.

(15) San Agustín: *De Magistro*, cap. XIV.

(16) *Ibid.* Cap. XII.

S U M M A R Y

Doctor García Hoz, starting from S. José de Calasanz's definition of the teacher: «Cooperator veritatis», states that his function, on the one hand, is *practical* —not in the sense of manipulating things but in the sense of working with spiritual realities— and, on the other hand, *contemplative*, having on account the kind of truth with which he works.

Therefore his situation is subordinate to truth, it is not principal. This truth, according to S. José de Calasanz, is accomplished in the Word, which directly illuminates the mind and indirectly orientates the will originating the human freedom.

The author also states that from the teacher's cooperation there may be deduced his attitude of humility which involves a series of duties and the acknowledgment that his efficacy resides only in the action of God who works internally.